

El pardo y Canon belli

Elías Macabeo (Pseudónimo)



El pardo

Resumen

Cuento en estilo de crónica que narra la historia ficticia de un mestizo en época de la Colonia que no aceptó su origen indígena y por ello masacró nativos; tampoco fue acogido por sus parientes españoles, a pesar de ser el predilecto de su padre, y reaccionó embaucándolos y expoliando la fortuna de la mujer española que desposó. Su final fue un funeral de indios, luego de que la esposa lograra someterlo al elevar su causa ante el oidor.

Palabras clave

Agresión, conflicto, exclusión, género, mestizaje, racismo, visión mágico-religiosa

“Pardo” lo llamaban, no tanto por la piel color de centeno, el pelo duro y sin quiebres, cuya cascada azabache, que se le despeñaba hasta la mitad de la espalda, mantenía atada con una cinta a la altura de la nuca, los ojos de mongol americano y el caminar sigiloso de jaguar en la noche, sino porque todos sabían de la mezcla explosiva de su sangre, mitad extremeña y mitad emberá.

Lo habían visto crecer alimentado con la bilis cotidiana del desprecio al que lo sometían sus parientes de

piel de armiño y ojos grises, una lección que repetía, al pie de la letra y con la altivez inculta de los visigodos, sobre los de su mismo color de cuerpo, pero no de alma.

También lo habían visto refugiarse en el pomposo orgullo de conquistador de las Indias de Occidente que ostentaba su padre, para reposar sus magulladuras de espíritu y librarse por momentos de la amargura de querer ser reconocido como español, por encima de su indudable presencia de indio, aprovechando el afecto

incondicional que el blanco le prodigaba por ser su último vástago varón, parido en el alba de su vejez, su elegido para continuar el linaje de la casa de Extremadura en tierras del Nuevo Mundo.

Para desgracia de todos, el padre lo involucró en los asuntos de la hacienda desde el día de su adolescencia en el que, ataviado con la fiereza de selva de los katíos y la crueldad del acero toledano, cabalgó a su lado rumbo a los bohíos nutabes de Buriticá, para castigar la muerte de un andaluz por mano indígena. Allí, el hidalgo extremeño vio brillar el morrión y la cota del pardo, su hijo, con fulgores de alucinación, mientras el muchacho, con la cabellera ondulante, desmembraba cuerpos desnudos a golpe de mandoble y se ungía, de la cabeza a los pies, con el óleo rojo de la venganza que brotaba en surtidores de las heridas abiertas.

Con el alma conmovida por la visión profética del ángel de la muerte que había engendrado, el viejo decidió criarlo como su sucesor inmediato. Le impuso las obligaciones de asistir a misa diaria, de aprender a leer y escribir el romance y de manejar en la mente el difícil arte de contar y medir todos los haberes, signados con el escudo de armas de su rancia y casi ajena familia.

El pardo no solo aprendió a encomendar su alma a la Santísima Madre de Dios, para guardarla del pecado contra el quinto mandamiento antes de cada cacería de indios, a encomendarle su cuerpo para guardarlo del peligro de las flechas de sus presas, y a rogarle que mantuviera firme su empuñadura sobre el mandoble mientras descuajaba cabezas y brazos; no solo aprendió a acentuar la pronunciación interdental de las cées y las zetas en su dicción criolla, que hacía sonreír divertido y desdentado a su padre; no solo aprendió a arrear a los indios de la encomienda con los mismos berridos injuriosos que profería durante el encierro del ganado. También aprendió los modales censurables, e incluso torpes a punta de ignorancia, que el viejo extremeño aplicaba para el control y la multiplicación de sus dominios y cotos, como el de encarcelar un

cacique que no tributó oportunamente, impidiéndole de ese modo el recaudo del impuesto en su comunidad. Y terminó cultivando la convicción malsana de que la herencia de poder y bienes, que codiciaba con ardor y soñaba suya a la muerte del hidalgo, era un legado de los ibéricos, a pesar de estar hecha de las tierras, las aguas, los animales de monte y hasta del aire que, por miles de años, habían dado sustento y sentido vital a la ascendencia de su madre.

El pardo ya era mayor y casadero cuando el extremeño, esgrimando su hidalguía y el haber comandado con éxito misiones de conquista de territorios y de sometimiento de indios, casi desde el momento mismo del primer desembarco en América, logró el favor del rey de España y el encargo de gobernar para Él, con poder ilimitado, todos los territorios que había conquistado y los que hubiere de conquistar en los años por venir. Creyéndose, por esta investidura, el brazo de Dios en el nuevo mundo, el viejo gobernó por la fuerza, domeñando indios y sometiendo españoles con un ejército personal de facinerosos. Implantó un estado de guerra y terror continuos “que me impidieron visitar la región, en cuyo corazón malviven el gobernador y su ciento de forajidos”, como fue escrito en la crónica del oidor del rey.

Siendo sus ojos, sus oídos, su lengua y hasta su corazón, su hijo predilecto y único heredero durante casi tres décadas de omnipotencia, el pardo cometió la falta imperdonable de aprender a no ser lo que era, tanto para indios como para peninsulares, y fue condenado a un ostracismo social implacable, que le envenenó la vida y acaso alguna de sus reencarnaciones. Ni siquiera el poder sin confines del padre le sirvió de dote para redimirse y obtener el aprecio de amos y siervos. Y cuando no pudo contener su resentimiento contra la vida, decidió cobrarles su amargura.

Se pagó las ínfulas de protector de indígenas “amancebándose con hasta cinco indias, que vivían bajo el mismo techo y comían de las mismas viandas y

se acostaban con él de a dos y hasta de a tres, procreando hijos bastardos que no le hacen bien ni a los linajes de la Corona ni a la Santa Madre Iglesia”; y la bisutería de favores imposibles traficados para españoles, a los que acudió como hermano cuando joven y que al fin no le reconocieron derechos de blanco, “timando súbditos del rey, a los que esquilmo haciendas y enseres en préstamos jamás pagados y juegos de azar tramposos”, como rezaron las múltiples acusaciones con las que lo señalaban, años después, cuando el soberano, compadecido de las quejas que manaban de la provincia, envió a su oidor para juzgar al bellaco.

A los cincuenta años acertó en la componenda justa que lo condujo al altar, llevando del brazo a una dama española viuda, adinerada y quince años menor que él, a la que abandonó, de cuerpo y de alma, cuando el abdomen comenzó a crecerle, para dilapidarle el patrimonio a gusto y sin restricción.

El hijo no sobrevivió a la primera infancia. La furia irrumpió en el corazón de la dama con tanta intensidad que le iluminó el cerebro con cada puñado de tierra que vertía sobre el féretro amado. Y cuando selló la tumba con un manojo de lirios silvestres, se lanzó al futuro con la única e inquebrantable determinación de reducir al pardo al estado de miseria que conduce a una muerte lenta y dolorosa.

Solicitó la anulación del matrimonio ante el arzobispo, firmó memoriales para impedir que el pardo heredara, y de su puño y letra salieron denuncias que acrecentaron el clamor de los españoles de indias ante el rey. Favorecido por el poder de su padre, el pardo comenzó una querrela por la hacienda que duraría dos décadas. No pudo, sin embargo, acallar el descontento de los ibéricos que terminó poniéndolo en el banquillo, frente al oidor de su majestad.

Desde el inicio del juicio de desahucio y con el respaldo de muchos de los principales, la mujer ilustró al juez hasta las minucias sobre los actos inmorales con

los indios y desleales con los españoles, que se habían vuelto costumbre diaria en la vida del pardo. Desamparado de la defensa pública y privada de su padre y del favor del rey y los virreyes, fue condenado sin apelación. Su fortuna fue expropiada a dentelladas de bestia de rapiña. Con los haberes que fueron del extremeño se pagaron los honores mancillados, y hasta la encomienda de los indios de Cáceres pasó a manos de la esposa.

Tenía casi setenta años cuando lo asaltó la plenitud de conciencia de estar muerto en vida. La española se aseguró de que él se enterara de la nulidad de su vínculo y de su último casamiento con el gobernador de turno.

Al pardo, abandonado de Dios y de los hombres, le tomó una década desaparecer del todo, acosado por el delirio en el que se veía vestido con la armadura reluciente de los arcángeles, arrojando el demonio al averno con los golpes de un mandoble de fuego. Su cadáver, medio devorado por los perros, fue enterrado en lugar secreto y en el silencio de la noche por los mestizos cuarterones que engendró y que diseminaron su semilla en las laderas septentrionales de los Andes.

Canon belli

Resumen

Cuento en tres escenas y estilo de crónica en primera persona en el que el narrador reflexiona sobre el origen de su inclinación a la agresividad, en una saga familiar que comienza en la generación de su bisabuelo.

Palabras clave

Agresión, bipartidismo, conflicto, exclusión, rebeldía, visión mágico-religiosa

Dicen que soy intransigente y altanero, que solo entiendo la vida como una cadena de confrontaciones diarias que le dan el poco deseable aspecto de una guerra. Y me piden que me despoje de escudo y coraza, que no desenfunde más mis armas porque no hay nada que ganar ni nada para defender.

No tengo un recuerdo preciso del momento en que comencé a atrincherarme, a desconfiar de lo diferente a mí, que es casi todo, atacándolo sin tregua para impedir que me corriera de donde yo quería estar. He ganado más batallas de las que he perdido, y eso ha afianzado mi convicción de guerrero y el sentimiento de que el cambio de posición o la demora de una decisión a causa de voces extrañas es una debilidad del espíritu.

Sin embargo, ahora que he cruzado la mitad de mi vida comienzo a dudar de que semejante convencimiento haya nacido tan solo de mi experiencia. El palpito de que se trata de un imperativo acuñado en mis células y en mi sangre es cada vez más intenso.

De pequeño me enseñaron a recitar la gesta en la que mi bisabuelo acuñó para la familia el valor de la lealtad. Pertenece a una estirpe conservadora, alimentada durante décadas del mismo plato que la liberal, servido con el desencanto acumulado por las incontables guerras civiles en que nos hundió la falta de corazón para comprender el significado trascendental de la guerra de independencia. Murió convencido de que política era el resentimiento, el miedo y la culpa con color de partido que uno había elegido o, incluso, que uno había heredado. Nunca la vio como instrumento para desactivar palabras a punto de estallar sino, por el contrario, como manual de instrucciones para quitarles las espoletas y matar o ser muerto por ellas.

Solo aceptaba la cercanía de copartidarios declarados y miraba a los opositores de la misma manera en que ellos lo miraban: como a enemigos que lo atacarían sin

remedio y por la espalda, en el momento más inesperado y sin que mediara explicación.

Conoció a su mejor amigo en la Escuela de Artes y Oficios, mientras aprendían juntos a fabricar todo tipo de objetos torneados de metal y de madera; juntos llevaron a la sede del Partido las fotos de billetera para las libretitas de pasta azul que los identificarían como miembros de por vida; y juntos encontraron trabajo como mecánicos de patio, en las cuadrillas encargadas de asegurar el servicio de tranvía municipal sin interrupciones, apenas iniciada la década del veinte.

Su corazón se partió en dos, en una herida que no le cerraría, el día en que, después de pensarlo mucho, decidió arriesgar su juramento hacia el Partido al pedir la mano de la mujer que le había hecho perder la razón. Él la asedió sin tregua durante meses a pesar de ser lacerado de continuo por los desplantes con los que ella le hiciera saber, desde el principio, su afecto hacia los liberales. Y aunque terminó cediendo ante su insistencia, por una mezcla de falta de alternativas y de cariño maternal hacia el hombre, ella no se dejó vencer por completo y, a punta de ironías, lo mantuvo a distancia durante el noviazgo.

Mi bisabuelo soportó los chistes picantes del amigo cuando le entregó la tarjeta de invitado de honor a la boda, con el convencimiento vano de que redimiría a la prometida, contagiándola con la fiebre de su amor, al modo como los misioneros de Santa Rosa de Osos cosechaban las almas de los indios del Darién, haciéndoles recitar el catecismo del padre Astete con el sonsonete de sus cantos milenarios. Pero a los pocos años de matrimonio tuvo la desilusión de comprender que la esposa llamaba liberal a la conducta altiva con la que manifestaba su carácter apasionado y tozudo más que a su entendimiento de la política. Entonces se resignó al pobre remedo de amor de madre que ella le prodigó y a procrear hijos en el silencio culpable de las complicidades cotidianas, para salvar la casa del destino de una Troya permanente.

Una mañana de fines del treinta, el amigo se le apareció en el taller de los tranvías, cuando él se ocupaba de cortar polines para las carrileras. Tenía el rostro descompuesto por la noticia, difundida a través de los periódicos y los pocos aparatos de radio de la ciudad, de que el presidente liberal había ordenado favorecer a los descamisados que se hicieran llamar liberales, con los puestos de trabajo ocupados por los conservadores. A pesar del resentimiento del partido, el amigo había tomado una decisión que creyó sensata.

—Me afiliaré a los rojos porque no sé hacer otra cosa que trabajar en este patio y tengo una familia que alimentar y un ahijado, tu hijo, que atender el día que tú faltes —le dijo, resuelto.

Mi bisabuelo lo miró ocultándole el alma y las palabras, pero con un súbito hervor en las venas que lo hizo empujar, sin que el amigo lo notara, un brazo de nazareno con la punta del zapato debajo del banco de carpintería. Llamaban así a ese árbol porque se iba poniendo del color de la sangre reseca a medida que los buriles de punta de diamante del torno se gastaban contra su dureza, parecida a la del metal.

Poco antes del mediodía, cuando le llevó el almuerzo caliente, la esposa lo encontró dándole la forma de bolillo. —Y ¿eso? —preguntó la mujer. Sin interrumpir la labor ni interesarse por la comida, respondió desde otro mundo:

—Es para hacer entrar en razón a un voltiarepas.

—No te metás en problemas Eusebio. ¡Te quiero en casa sano y salvo! —le respondió con firmeza, pero sin poder esconder del todo la impaciencia que le despertaba el mundo de los machos, tan pagados de su hombría.

Dos días después, con la boleta de despido en el bolsillo, mi bisabuelo se plantó frente al amigo en el patio, a la hora del descanso. Apretando el garrote entre las manos le gritó delante de todo el mundo:

—¡No te quiero más de compadre, voltiario hijueputa!

Solo alcanzó a romperle el brazo que el amigo interpuso para defenderse del ataque, porque algunos de los hombres, atendiendo al sentimiento de camaradería de la cuadrilla, se abalanzaron sobre él y lo desarmaron. Otros recogieron al herido y se lo llevaron a la enfermería.

Eusebio llevaba varios días de arresto por lesiones personales cuando la esposa, acosada por la escasez de sustento, visitó al compadre llevando al hijo de la mano. El hombre se compadeció del estado deplorable de la familia de quien fuera su amigo entrañable y se sintió responsable por la suerte de su ahijado. Eusebio nunca conoció los motivos por los que le retiraron los cargos. Tampoco que el milagro de multiplicación de la comida durante los meses aciagos, antes de que volviera a proveer el sustento de la familia y que atribuyó a los tabacos de contrabando liados por la esposa, se debía al compromiso de compadres que el amigo nunca rompió. Y un domingo, antes de la misa de bautizo de los últimos vástagos de la parroquia, fue el primero en cerrarle la entrada a la iglesia luego de que el cura, con los atavíos del ceremonial y la papada enrojecida por la indignación, le apagara el cirio consagrado en pascua gritándole por encima del bebé que llevaba en brazos: —¡La casa de Dios no es un burdel para masones! Los hermanos del amigo tuvieron que hacer bautizar al sobrino, haciéndolo pasar como huérfano de padre, en parroquia ajena.

Cuando tuve suficiente uso de razón pregunté cuál lealtad debía aprender, si la de mi bisabuelo a los conservadores, a pesar de no haber podido con la esposa, o la de su amigo hacia él. Hubo comentarios en voz baja, incluso risas por la ocurrencia infantil, pero ninguna respuesta directa; hasta que mi adolescencia le dio a mi abuelo suficiente confianza para referirme que, casi cuarenta años después, su padre pediría a gritos el perdón del amigo expulsado en medio de la agonía en la que decía ver al mismísimo arcángel Miguel con su espada de fuego cerrándole la entrada al

túnel del que emanaba la luz maravillosa de la paz eterna.

El terror al infierno le impidió morir, aunque no tuviera ya cuerpo para vivir, durante los dos días que tardó el antiguo amigo en entender que tendría que visitarlo para asegurar también él su propio descanso en la muerte. Llegó cuando mi bisabuelo solo escuchaba voces que no eran de este mundo, y le acarició la cabeza con un amor guardado en el baúl de los sentimientos frustrados, que curó con su magia las úlceras de un resentimiento sin razón. Mi abuelo nunca olvidó la serenidad que brotó en el rostro de cadáver de su padre cuando el amigo aceptó su contrición como una señal divina.

2

Eusebio tuvo ocho hijos de piel clara y ojos zarcos. Llamó Abelardo al quinto, mi abuelo, que heredó la rebeldía visceral de su madre y alborotó la bilis de toda la familia casándose con una mestiza de porte elegante y rasgos nutabes, que creía en los encantamientos con la misma fe de devota de Nuestra Señora de los Dolores. Fueron indispensables tres generaciones de la familia para amainar el resentimiento invocado por la piel de indio de su mujer y de sus seis retoños.

Abelardo prefirió la vida de comerciante ventajoso y aventurero, capaz de comprar y de vender fanegadas de maíz aún no sembradas en las fértiles riberas del Gran Río de la Magdalena, arrear una mulada cargada con licor de contrabando desde Puerto Berrío hasta Envigado por trochas que no se usaban desde la colonia, desbarrancar el cañón del Cauca a la altura de Santa Fe de Antioquia buscando las guacas de María del Pardo o permanecer en vela tres días seguidos para desplumar a todos sus adversarios de póker o romper la banca jugando a la ruleta en los casinos pueblerinos de sus correrías.

No creyó que la fortuna fuera algo que se poseyera, sino, más bien, algo que fluía como un río, de modo

que para disfrutar de su bienestar había que acercarse a ella con olfato de pescador avezado. Y aunque muchas veces no tuvo suerte, sus aciertos le permitieron vivir de manera holgada y satisfecha.

Muy joven todavía descubrió la pasión de perseguir brujas, que lo acompañaría toda la vida. La devoción fanática de su padre lo convirtió en monaguillo al cumplir los diez años. Haciendo en solitario sus labores de sacristía después de una misa vespertina, sintió la presencia extraña pero inconfundible de un ser de fábula. Dejó caer atavíos y ornamentos en la huida aterrorizada en busca del cura, quien entendió más el susto que salía a borbotones de sus ojos que sus palabras atropelladas, y lo condujo de la mano a la sacristía para poner fin al miedo que su imaginación pueril le había desatado.

Encontraron a una muchacha de buena familia, casi adolescente, desnuda y luchando con el enredo de telaraña del cíngulo con el que el cura se ajustaba el alba para la misa. El cura la acusó de ser la bruja que se robaba todos los días el vino de consagrar, en sorbos de media botella, después de la última misa. Agobiada por la vergüenza moral, la familia de la bruja abandonó la parroquia en la que el temor de Dios de los feligreses salvó, en público, la integridad del cura de las sospechas maliciosas pero acertadas que se cuchicheaban en privado. Desde entonces, mi abuelo se dio a las tareas de aprendiz e inventor de toda clase de ardides para cazar brujas en pleno vuelo.

Siempre tuvo en secreto su manera de identificarlas, lo que aumentaba el misterio de sus anécdotas míticas. Una mañana soleada de mediados del cuarenta, a poco de haber cumplido los quince años, desayunaba con Eusebio en el comedor de su casona de Sabaneta cuando vio entrar a la lavandera, una negra recia y silenciosa que se vestía siempre con las polleras blancas de las sacerdotisas de Yemanyá y se coronaba con un turbante igualmente níveo.

Aunque ni él ni mi bisabuelo conocieron nunca la existencia de ese culto de negros, Abelardo le dijo al oído a Eusebio:

—Papá, ¿usted sabe que ña Francisca es bruja?

—¡De dónde sacaste eso! —le contestó intrigado.

—¿Quiere ver? —lo azuzó el hijo, y el padre asintió con picardía.

Mientras la negra se concentraba en sus destinos de lavadero, mi abuelo clavó con disimulo cuatro agujas en la tapia del patio, por el extremo del ojo. No bien había terminado, la negra frenó en seco el ajetreo y le dirigió una mirada entre sorprendida y colérica.

Sin quitarle los ojos de encima se quejó:

—Señó Eusebio, dígale al niño Abelardo que no me moleste.

—¡Pero si no está haciendo nada, ña Francisca!

—Él sabe lo que está haciendo. Dígale que me deje tranquila.

Mi bisabuelo le hizo un guiño y Abelardo volteó una de las agujas, clavándola por la punta. Entonces, la negra recogió sus faldas y ejecutó un saltito de danza para atravesar el ojo de la aguja, zafándose de su influjo maligno.

Otra vez inmóvil y con el enojo convertido en ira, miró a mi abuelo e insistió:

—Señó Eusebio, dígale al niño Abelardo que no me siga molestando.

Después de otro guiño de su padre, mi abuelo volteó la segunda aguja y la negra volvió a bailar. La escena se repitió hasta que todas las agujas fueron volteadas. Ña Francisca huyó desfavorida por la puerta abierta de su

prisión invisible, ante las sonrisas de cómplices de Eusebio y Abelardo. Nunca más regresó a la casa-finca de Sabaneta.

Medio siglo después, el corazón de Abelardo se le explotaría en el pecho cuando ella se le apareció en medio de la agonía, convertida en un genio de leyenda, cuya gigantesca figura se erguía como juez supremo de la riña de gallos en la que él había apostado el destino eterno de su alma al triunfo del que tenía las plumas de oro. Mi abuelo falleció con los ojos de vidrio de los ángeles de altar, fijos en el gesto severo de la sacerdotisa de Yemanyá, en el momento en que unas espuelas doradas brillaron en el aire.

A lo largo de toda su vida, Abelardo le hizo tantas veleidades a las brujas como ellas le hicieron a él. Nunca emprendió un camino de noche sin llevar puesto un cordón de nudos de monje penitente como escudo contra los encantamientos, y se había acostumbrado a topar en los recodos gallinas relucientes que pastoreaban polladas de hasta doscientas crías, brillantes como luciérnagas, o con cerdas del tamaño de becerros que portaban docenas de lechones rechonchos colgados de las ubres.

Los pómulos afilados de Bernarda Ortega, sus ojos de almendra, el cabello negro y sin quiebres que le caía hasta la cintura y su color aceituno le produjeron los primeros insomnios en la vida. No le quitaba la vista cuando la veía caminando en el mercado dominguero con la majestad de un caballo trochador, hasta que su cabeza, que sobresalía entre todo el mundo, se perdía flotando por la esquina del parque principal.

Supo que era la mujer de su vida el día en que se la presentaron en una fiesta parroquial y, después de dos horas de charla sin tomar aliento, ella le contó que no había vuelto a la finca de la familia, en los llanos de La Paz de Carolina del Príncipe, desde la noche en que vio a las brujas de Santa Rosa de Osos aterrizar en bolas de fuego en el potrero de atrás de la casa, para cabalgar

sin descanso hasta el amanecer, agarradas en racimos de las crines trenzadas.

Tenía veintidós años cuando se casó con ella por encima de los designios del padre y los deseos de la madre, quienes maldijeron el vínculo con el epitafio profético “¡nosotros no conoceremos descendencia de esa negra!”. Bernarda, la nutabe, acababa de cumplir los dieciocho. Nueve años más tarde, luego de los funerales del padre que había muerto de soledad al año exacto de haber enterrado a su esposa, Abelardo supo que su primogénito venía en camino.

Después de su matrimonio con Bernarda Ortega rehusó hablar de política y participar en elecciones de presidentes, que eran capaces de odiar tanto a la mitad del país que gobernaban como su familia a la india que él había jurado querer hasta la muerte.

Su prole creció sin saber de tíos ni de primos por línea paterna, cultivando un rencor de excluidos en el seno de la familia materna, exacerbado por la disciplina espartana del padre, convencido hasta los huesos de que su voz era, por derecho propio, para mandar y no para ser discutida y que la única manera de aprehender la vida era a través del dolor del castigo físico. Y cuando Bernarda se ahogó en el caldo de su propia hidropesía, antes de cumplir cincuenta años, la indiada estalló el incendio inapagable de que su muerte había sido provocada por un envenenamiento con hierbas mágicas suministradas por los blancos de la familia de Abelardo.

Los hijos desconfiaron de los caminos que él había abierto gastándose la vida, y la mayoría prefirió las sendas de las profesiones universitarias. Abelardo envejeció arropado por el cariño de su segunda esposa, y con el orgullo patriarcal de haber levantado dos médicos, un abogado, un ingeniero y dos mujeres capaces de manejar por entero las riendas de una casa y de procrear tantos hijos como lo ordenara la voz de Dios, que hablaba siempre a través del deseo de semental del esposo.

3

La hija mayor de Abelardo envejeció de espíritu cuando su cuerpo apenas florecía, cumpliendo la condena que, antes de la década del sesenta, pesaba sobre las mujeres que llegaban a los veinte años sin haber sido madres. Desesperada, decidió desafiar el maleficio de un matrimonio tardío con un primo hermano bonachón y de pocas palabras. Crió dos hijos de ojos grises y piel transparente, que solo salían de noche por el temor de derretirse sin remedio a la luz del sol, antes de que sus propios deseos insatisfechos les desbarataran el cuerpo reduciéndolo a un cascarón estéril.

La menor, mi madre, heredó la presencia nutabe de mi abuela, que luego le transmití a mi única hija; el carácter indómito de la bisabuela que, al igual que ella, atribuyó a un afecto sin causa hacia los liberales, y la inclinación del padre por el bienestar material, cuya búsqueda siempre entendió como la única demostración válida de amor.

Abelardo la internó en un cuartel de monjas para domesticarla, pero ella se encabritó y abandonó el plantel por la puerta principal, a pleno día y a la vista de las carceleras, con el gesto determinado de matar o morir si alguna se lo impedía. Ese día, su deseo de libertad desbordó las cuatro paredes de la casona de Sabaneta. Renunció al buen sentido cristiano, mezclando el culto con la devoción a las creencias atávicas de Bernarda y, sin haber aprendido a amar, se casó con un farmacéuta nómada, serenatero y querendón, al que hipnotizó con el fuego que le brotaba por las pupilas almendradas, sin que él se percatara de que ese brillo era el anuncio de su propio infierno.

El boticario se la llevó de correría por la vida, hasta que ella lo inmovilizó en una telaraña de deudas morales y ausencia de pasiones, tejida a punta de aciertos económicos oportunos que salvaron a la familia de los fracasos de soñador del marido.

A los treinta y seis años cumplidos mi madre empuñó las vidas de su familia con la dureza de un sátrapa, y se empeñó en convertir en desierto el jardín de cariños que el marido regaba y podaba a diario para sus siete hijos, con la convicción inquebrantable de templarles el alma, “para que sean capaces de montársele a la vida, como yo lo he hecho, y no acaben siendo unos maricas débiles de corazón que solo sepan curar chichones con tintura de árnica y ventosidades con flor de azufre”.

Mi padre no supo evitar la devastación de su mundo de ilusiones en el choque frontal con las realidades más mezquinas de la vida diaria, y cuando fue derrotado sin misericordia por la aridez de espíritu y la ausencia de cuerpo de mi madre, se fue con lo que tenía puesto a morir donde ella no lo viera.

Aprendiendo a sobrevivir en ese tremedal, donde los códigos mágicos supeditaban a los cánones de los hombres, los nietos de Abelardo y Bernarda olvidamos los dulces ajetreos del amor y convertimos la ternura en lengua muerta. Entonces, mi padre decidió postergar sus compromisos de difunto para llenar con su espectro comprensivo la falta de calor entre los vivos. Se le apareció en sueños a mi madre y la convenció del imperativo cósmico de instalar las cenizas de su osamenta en un cuarto de la casa.

Se sentaba a la mesa a las horas de comida, echaba para atrás las decisiones de mi madre, les daba consejos a los compañeros de estudio, opinaba sobre las novias que conseguíamos y se acostaba de último, luego de arroparnos a todos. Sin embargo, no logró tranquilizar mi espíritu lo suficiente para que dejara de presentir el fin del mundo cada día, ni relajar mi cuerpo para que no se moviera como un combatiente de trincheras esperando siempre un ataque de todo aquello que no llevara mi uniforme.

Todavía se me aparece, no tanto como antes, diciéndome con su mirada silenciosa y de cuencas vacías lo mismo que el príncipe Hamlet escuchara de su padre: que los muertos comprenden mejor que los

vivos. Pero no tengo corazón para aceptar su insistencia de que me despoje de mi escudo y mi coraza y de que no desenfunde más mis armas, porque no hay nada que ganar ni nada para defender.